

estás seguro que haya quién te dé ni un lazo para que te ahorques. Ya has visto lo que te acaba de pasar con tus tíos. Conque si entre los tuyos no hallas un pedazo de pan, ¿qué esperanzas te quedan en adelante? Ahora estoy yo en México, que soy tu amigo y te puedo enseñar y adiestrar; si dejas pasar esta ocasión, mañana me voy, y te quedas á pedir limosna; porque no á todos los *hábiles* les gusta enseñar sus habilidades, temerosos de no criar cuervos que á ellos mismos tal vez mañana ú otro día les saquen los ojos. En fin, Perico, hartó te te he dicho. Tú sabrás lo que harás, que yo lo hago no más de pura caridad.¹

Como por una parte yo me veía estrechado de la necesidad y sin ser útil para nada, y por otra, los proyectos de Enero eran demasiado lisonjeros, pues me facilitaba nada menos que el tener dinero sin trabajar, que era á lo que yo siempre había aspirado, no me fué difícil resolverme; y así le dí las gracias á mi maestro, reconociéndolo desde aquel instante por mi protector, y prometiéndole no salir un punto de la observancia de sus preceptos, arrepentido de mis escrúpulos y advertencias, como si debiera el hombre arrepentirse jamás de no seguir el partido de la iniquidad; pero lo cierto es que así lo hacemos muchas veces.

Durante esta conversación advirtió Enero que yo

¹ ¡Buena caridad! Así son muchas caridades que se ven en el mundo.

tenía los labios blancos, y me dijo: — Tú, según me parece, no has almorzado. — Ni tampoco me he desayunado, le respondí; y cierto que ya serán las dos y media de la tarde. — Ni la una ha dado, dijo Enero; pero el reloj de los estómagos hambrientos siempre anda adelantado, así como se atrasa el de los satisfechos. Por ahora no te aflijas; vámonos á comer.

— ¡Santa palabra! dije yo entre mí, y nos marchamos.

Aquel era el primer día que yo experimentaba todo el terrible poder de la hambre, y quizá por eso luego que puse el pie en el umbral de la fonda, y me dió en las narices el olor de los guisados, se me alegró el corazón de manera que pensé que entraba, por lo menos, en el paraíso terrenal.

Sentámonos á la mesa, y Enero pidió con mucho garbo dos comidas de á cuatro reales y un cuartillo de vino. Yo me admiré de la generosidad de mi amigo, y temeroso no fuera á salir con alguna de las suyas después de haber comido, le pregunté si tenía con qué pagar, porque lo que había pedido valía siquiera un par de pesos. El se sonrió y me dijo que sí, y para que comiese yo sin cuidado, me mostró como seis pesos en dinero doble y sencillo.

En esto fueron trayendo un par de tortas de pan con sus cubiertos, dos escudillas de caldo, dos sopas, una de

fideos y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico, pero á mí me pareció de un rey, ó por lo menos de un embajador, pues si á buena hambre no hay mal pan, aunque sea malo, cuando el pan es de por sí bueno, debe parecer inmejorable por la misma regla. Ello es que yo no comía, sino que engullía, y tan aprisa, que Enero me dijo: —Espacio, hombre, espacio, que no nos han de arrebatarse los platos de delante.

Entre la comida menudeamos los dos el vino, lo que nos puso bastante alegres; pero se concluyó, y para reposarla sacamos tabaco y seguimos platicando de nuestro asunto.

Yo, con más curiosidad que amistad, le pregunté á mi mentor que dónde vivía. A lo que él me respondió que no tenía casa ni la había menester, porque todo el mundo era su casa.

—¿Pues dónde duermes? le dije. — Donde me coge la noche, me respondió; de manera que tú y yo estamos iguales en esto, y en ajuar y ropa; porque yo no tengo más que lo encapillado.

Entonces, asombrado, le dije: —¿Pues cómo has gastado con tanta liberalidad? — Eso, respondió, no lo extrañes; así lo hacemos todos los *cócoras* y jugadores cuando estamos de *vuelta*; quiero decir, cuando estamos gananciosos, como yo, que anoche con una parada con

que me armé, y la *fleché* con valor, hice doce pesos; porque yo soy trepador cuando me toca, esto es, apuesto sin miedo, como que nada pierdo aunque se me arranque, y tengo la puerta abierta para otra ingeniada.

—Quizá por eso, dije yo, he oído decir á los monteros que más miedo tienen á un real dado ó arrastrado en mano de los *cócoras* como tú, que á cien pesos de un jugador.—Por eso es, dijo Juan Largo; porque nosotros, como siempre *vamos en la verde*, esto es, no arriesgamos nada, poco cuidado se nos da que después de acertar ocho albures con cuatro reales á la dobla, en el noveno nos ganen ciento veinte pesos; porque si lo ganamos, hacemos doscientos cincuenta y seis, y si lo perdemos, nada perdemos nuestro, y en este caso ya sabemos el camino para hacer nuevas diligencias.

No así los que van al juego á *flechar*¹ el dinero que les ha costado su sudor y su trabajo; pues como saben lo que cuesta adquirirlo, le tienen amor, lo juegan con *conducta*, y éstos siempre son cobardes para apostar cien pesos, aun cuando ganan, y por eso les llaman *pijoteros*.

Esta misma es la causa de que nosotros, cuando estamos de vuelta, somos liberales, y gastamos y triunfamos francamente, porque nada nos cuesta, ni aquel dinero que tiramos es el último que esperamos tener por ese camino.

¹ Arriesgar. E.

Tú desengáñate: no hay gente más liberal que los mineros, los dependientes que manejan abiertamente el dinero de sus amos, los hijos de familia, los tahures como nosotros, y todos¹ los que tienen dinero sin trabajar ó manejan el ajeno, cuando es dificultoso hacerles un cargo exacto.

—Pero, hombre, le dije; yo no dudo de cuanto dices; pero ¿has comprado siquiera una sábana ó frazada para dormir? —Ni por un pienso me meteré yo en eso por ahora, me respondió Januario; no seas tonto, si no tengo casa, ¿para qué quiero sábana? ¿dónde la he de poner? ¿la he de traer á cuestras? Tú te espantas de poco. Mira, los jugadores como yo, hacemos el papel de cómicos; unas veces andamos muy decentes, y otras muy trapientos; unas veces somos casados y otras viudos; unas veces comemos como marqueses y otras como mendigos, ó quizá no comemos; unas veces andamos en la calle y otras estamos presos; en una palabra, unas veces la pasamos bien y otras mal; pero ya estamos hechos á esta vida; tanto se nos da por lo que va como por lo que viene. En esta profesión lo que importa es hacer á un lado el alma y la vergüenza, y créeme que haciéndolo así se pasa una vida de ángeles.

Algo me mosqueé yo con una confesión tan ingenua de la vida arrastrada que iba á abrazar, y más conside-

¹ No todos, sino todos los que proceden mal.

rando que debía ser verdadera en todas sus partes, como que Januario hablaba inspirado del vino, que rara vez es oráculo mentiroso, antes casi siempre, entre mil cualidades malas, tiene la buena de no ser lisonjero ni falso; pero aunque, según el inspirante, debía variar de concepto, como varié, no me dí por entendido, ya por no disgustar á mi bienhechor, ó ya por experimentar por mí mismo si me tenía cuenta aquel género de vida; y así sólo me contenté con volverle á preguntar que dónde dormía. A lo que él, sin turbarse, me dijo redondamente:

—Mira, yo unas veces me quedo de postema en los bailes, y paso el resto de las noches en los canapés; otras me voy á una fonda, y allí me hago piedra, y otras, que son las más, las paso en los *arrastraderitos*. Así me he manejado en los pocos días que llevo en México, y así espero manejarme hasta que no me junte con quinientos ó mil pesos del juego, que entonces será preciso pensar de otra manera.

—¿Y cuáles son los *arrastraderitos*, le pregunté, y con qué te tapas en ellos? —A lo que él me contestó: —Los *arrastraderitos* son esos truquitos indecentes é inservibles¹ que habrás visto en algunas accesorias. Estos no son para jugar, porque de puro malos no se

¹ De muchos años á esta parte los han sustituido unos billarcitos de la misma clase. E.